

## ***Minitecas. El «young set» de la música pop en Caracas***

**Ewald Scharfenberg**

El alza en los costos de los insumos; el desvanecimiento de toda posibilidad, lícita o tolerablemente irregular de acceso a un stock importado de 45's o de extended play; las artes de malabar a las que prometían forzar las circunstancias para hacerse de los repuestos que garantizarían la pervivencia del vatiaje apilado en su arsenal estereofónico; los ítems, enunciados por Arturo con un tono de gravedad que, calculó, compaginaba con las lóbregas expectativas que ahora despertaba el negocio - aunque no necesariamente con el pringoso rebullicio de La Feria (bazar de la comida rápida del «CCCT», monstruoso centro comercial al que semanalmente acuden unos 300 mil caraqueños para comprar o practicar el simple amago del window-shopping), en donde se desarrollaba la improvisada asamblea de accionistas, no fueron sino minucias que Doménico, socio y único otro accionista, despachó con arrestos de gerente de mercadeo.

- No tienes por qué contarme todo eso. Yo ya me realicé de la situación. Pero despreocúpate. El mercado está bajo control. No olvides que el 70 por ciento de la población es menor de 30 años. Siempre habrá quien quiera sacudir el esqueleto. Todo lo que tenemos que hacer es echar pa'lante.

La referencia estadística citada por Doménico, normalmente enarbolada por los media criollos para justificar sus sonrosadas programaciones repletas de telenovelas que narran las piruetas amorosas de galanes y damas jóvenes, o por cuarentones dirigentes «juveniles» de los partidos políticos para apuntalar sus inexorables apetitos institucionales, podría haber resultado chistosa para Arturo, dada la ocasión. Pero no fue así por la interferencia del abominable - para Arturo - desliz lingüístico de su socio, cultor del cockney fundayacucho (por Fundayacucho, Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, institución oficial que otorga becas de estudio a nivel superior en el extranjero) que impone usar el verbo «realizar» en lugar del castizo «darse cuenta»; «suceso» por «éxito», «dona» por «rosquilla», y que da pie para que cualquiera con un incierto horizonte de sofisticación, al enfatizar una aseveración, deseche el tradicional «de hecho» por una fórmula anglosajona: «actualmente».

Su propia biografía, en cualquier caso, facilitaba a Doménico una coartada para sus dialectales falsificaciones: beneficiado a comienzos de los 80 por un estipendio estatal, emigró a Boston (Massachusetts) para estudiar biónica. Persuadido quizás por los inconvenientes que cabía esperar del ejercicio de la especialidad en un país - el suyo - en el que meras dotaciones de alcohol y algodón eran quiméricas aspiraciones de los hospitales públicos, Doménico intentó aprobar algunos créditos en la Escuela de Música de Berkley, capitalizando los gregarios instintos que azuzaban en él la colonia venezolana que allí se había hecho fuerte.

El esclerotizado oído de Doménico atentó contra sus pretensiones. Desesperado, probó suerte literalmente mordiendo el polvo durante una práctica en el campocorto de los Medias Rojas de Pawtucketde, la Liga Triple A - quizás ya no ante el FMI, pero entre los red necks estadounidenses, Venezuela preserva su crédito como espléndido productor de jugadores de esa posición del béisbol -; hasta que, por fin, en un college de enésimo orden, consiguió un grado en Business Administration.

El certificado obró el prodigio de conferir a Doménico el adusto brillo del ejecutivo, con un yuppismo importado tan inasible como un holograma. Los tics de su nueva condición no sólo dejaban rastros en su lenguaje: trapos de Armani o Matsuda eran su uniforme en instancias formales, y en términos casuales, Benetton era el nombre que lo vestía.

De vuelta a Caracas, Doménico se reencontró con su viejo camarada de correrías infantiles, Arturo; La dupla había sido en los tempranos 70 un azote de Chuao, urbanización de clase media alta al sureste de la ciudad donde crecen los hijos de profesores universitarios, abogados y comerciantes acomodados. Ahora, se ponían de acuerdo para constituir una empresa: Sound Crazy, la mintiera de minitecas.

### ***Entre yuppies***

Doménico se ufanaba frecuentemente del exotismo de este lance empresarial, rayano en el folklorismo antropológico: la miniteca, decía, ha pasado a ser ínclito testimonio de venezolanidad, tan absoluto como la arepa, llegar tarde o el mito de María Lionza. En una frase que prácticamente había convertido a tenor de reiteración en gadget, Doménico evocaba su genealogía - se apellidaba Mariotto por parte de padre, un inmigrante de los años pioneros del dictador Marcos Pérez Jiménez (1952/1958) - y la evolución vernácula de la miniteca para ilustrar el ecumenismo cultural venezolano. Y a pesar de lo limitado de su experiencia

transnacional, se atrevía a pontificar que «en ninguna otra parte del mundo hay algo como nuestras minitecas».

Arturo, en cambio, tomaba el asunto con mayor pragmatismo. Ya en el bachillerato había demostrado sus dotes mercantiles al organizar para su promoción, y como excursión de grado, un viaje por un crucero en el Caribe, aprovechándolo recaudado en la fiesta profunda celebrada ad hoc y, además, los postreros estertores del bolívar a 4,30 (cotización que, amparada por la bonanza petrolera, preservó la moneda venezolana con respecto al dólar estadounidense hasta 1983; a fines de 1988, un dólar se cambiaba por 40 bolívares).

En esas lides, Arturo supo que el ensueño es el más letal de los cepos para el éxito empresarial. Ungido de un empeño calvinista aprendido de moralejas en decenas de series televisivas norteamericanas - consigna: el deslome, no la argucia, es la clave para hacerse rico... a pesar de Dinastía y Falcón Crest -, no dejó escapar ningún trabajo a destajo. Llegó a hacer cuatro horas diarias, a razón de 18 bolívares la hora - unos 50 céntimos de dólar -, entre el crepitar de fritangas de una cadena de fast food, inspirado en el ejemplo de Alejandro Bustillos, el veinteañero concesionario criollo de la multinacional MacDonal'd's, quien tras invertir un año de su vida en la Universidad de la Hamburguesa, en Chicago, y cierto patrimonio familiar, ha llegado a facturar en 1988, 300 millones de bolívares (aproximadamente 8 millones de dólares).

Con el mismo espíritu asumía la sociedad con Doménico. El italianito ponía el dinero, cierto cosmopolita savoir faire ...pero el trabajo, la labor de pico y pala, le correspondía a Arturo. Lo que no dejaba de ser engorroso. En sus orígenes, por allá por los años 60, las minitecas no eran más que un eufemismo que rotulaba a los espontáneos que reunían una colección más o menos destartada de álbumes y 45 rpm de música pop, junto a un juego de luces «negras», el kit mínimo y suficiente como para darle a una fiesta el dejo psicodélico en boga.

La modalidad prendió en Caracas. Pulularon los grupos de muchachos, hasta entonces amalgamados por el terreno afán de redondear la mesada paterna, que se trocaban en compañías anónimas. Se contrataban por una bagatela para poner música —«ambiente»— a las fiestas. Y pronto el tamiz de la demanda y de la oferta, con darwiniana inclemencia, se encargó de aniquilar a las agrupaciones menos elaboradas y de conceder, simultáneamente, un rango empresarial al hasta entonces informal negocio.

Arturo y Doménico habían conseguido conformar una respetable colección de aperos acústicos y escenográficos: un par de amplificadores de 1.000 vatios, columnas parlantes, unos parales de segunda mano y unas luces estroboscópicas que el padre de Doménico pudo traer de España con la venia de las autoridades aduanales. El inventario no resplandecía, ni mucho menos, como los equipos de las mega-minitecas (¡vaya paradoja de prefijos!) que se anunciaban en TV. Pero cualquier asomo de ansiedades lo sofocaba Arturo apelando a una manida frase materna: «Dios proveerá». Por lo demás, al mismo Arturo poco interesaba evitar la confrontación —para prevenir eventuales desalientos— con el ejemplo de sus triunfales antecesores: por el contrario, abnegado profeta de la emulación, estimulaba la convicción de que minitecas como Betelgeuse, Sandy Lañe, New York-New York o la provinciana Inferno (de Valencia, capital del estado centrooccidental de Carabobo), algunas de las cuales registran ingresos anuales hasta por seis millones de bolívares (cerca de 150 mil dólares), encarnaban el techo del desiderátum para su propia empresa. De hecho, soñaba con la fecha en la que, como esas minitecas, Sound Crazy comercializara sus mezclas (ensamblajes de música pop bailable, sin intersticios ni pausas, en los que prevalece el rítmico tun-tun de la percusión electrónica) eajoint-ventures con las disqueras y emisoras de radio integrantes de alguno de los grupos comunicacionales del país; o con la aún inverosímil posibilidad de cubrir, como ya lo hacían imberbes empresarios de camiseta con estampas surfistas y zapatos de tenis, simultáneamente varios saraos por medio de escuadrones volantes motorizados, que utilizan potentes camiones ligeros.

Las ilusorias ínfulas de mercader del jolgorio se le iban esfumando esa tarde a Arturo, sin embargo, y muy a pesar de la previsible performance del optimismo y la despreocupación desplegada por Doménico. Como las rodajas de hamburguesas en los fogones de La Feria circundante, las esperanzas se calcinaban, al calor de las restricciones económicas y cambiarías próximas, más allá del término medio de cualquier confianza razonable. Arturo continuó desglosando sus dudas, hasta que Doménico, ahito de oscuros presagios, soltó un acertijo que le calmó por lo desconcertante.

—Pero bueno, Artie —Arturo odiaba este apócope de importación, que Doménico solía usar como llamado de atención—5 ¿acaso alguien ha podido averiguar el por qué de la predilección venezolana por la Pepsi y el Betamax, la gasolina de alto octanaje y la política de baja ideología? Nadie, ¿verdad? Entonces, ¿por qué darse mala vida haciendo caso a predicciones que igual no se cumplen? Déjate de vainas y vamos a echarle piernas a nuestro asunto.

**«¿Qué sería de El Puma sin el estilo?»**

Su incursión en el ramo de las minitecas había desarrollado hábitos lemúridos en Arturo. Como virtual pivote de un dúo en el que Doménico cumplía roles cosméticos, Arturo debía controlar la parafernalia técnica de conexiones y desembalajes que suponía todo evento contratado, y supervisaba además a los muchachos —estudiantes de escuela secundaria que sacrificaban unas horas de sueño para hacerse de un suplemento para comprarse unos jeans de marca en el Puerto Libre de la Isla de Margarita— que con mayor torpeza de lo normal manejaban los aparatos. Lo que se traducía en una imposición cronológica: Arturo prácticamente vivía de noche.

En esas fiestas, Arturo hubiera preferido conservar un perfil bajo, un anonimato profesional tras las luces intermitentes suspendido para practicar un vuelo rasante por las mesas de vituallas y bocadillos. Pero eran esas condiciones, como la celebración en la que estaba ahora, unos «quince años» de la hija de un abogado mercantil, en el compendio kitsch de una agencia de festejos, las inmejorables oportunidades para pactar nuevos contratos.

Exploraba sin excesiva minuciosidad los pasillos de la casona de los años 50 metamorfoseada por la agencia, no tanto para captar futuros clientes como para sedar su propia inquietud indagatoria. En el aire sonaba algo de Wilfrido Vargas, oportuno contrapunto tras un prolongado set defunk, cuando una voz lo atajó desde atrás.

—Ay, pero qué gallegada, ¿no Arturo? Sin terminar de sospechar si la estocada apuntaba a su vestimenta —una braga completa de mecánico, su uniforme de labores— o a la música que se oía, Arturo volteó para toparse con Rudolf Alzamendi.

—Ahora sí es verdad que hay crisis en este país ¡Rudolf! ¡Tú aquí en una fiesta como ésta! Nunca se podría dilucidar si Rudolf era el gurú o la mascota del breve pero expansivo circuito posmo (por posmodernista) de Caracas. Era una mezcla — y a escala— de Simón Rodríguez, por lo múltiple, y del Chance Gardiner de Kozinsky, por lo gelatinoso de su fama. A los 23 años era tan conocido en Venezuela como nunca lo sería Humberto Fernández Moran (científico local creador, hace más de tres décadas, de la cuchilla de diamantes) a los 70. Escritor sin haber publicado ni un cuento, arbitro de la moda sin saber coser, cronista social, guionista de TV, modelo de spots publicitarios, Rudolf se había cincelado un nicho

en los anales del chisme metropolitano con una remarcada propensión al escándalo, que rubricaba con lo que él mismo definía como su santo y seña: estilo.

—La agasajada es una pariente lejana, tú sabes, con la familia siempre... Pero mira, de cualquier manera no hay ningún problema. Yo antes odiaba estas rumbas de las que tú vives. Y las minitecas, ¡ni hablar! Pero ahora me parecen divinas.

—Pero qué amplitud, me sorprendes.

—Son una gloria. La prueba de que aún perdura la herencia vociferante de los caribes. Lo que todavía no aguanto es esa pluralidad musical. ¡Dígame eso!: «Qué es lo que quiere el Negro» con Charly García. Plátano con arroz, mijito...

En silencio, Arturo concedió alguna razón a su flamboyante interlocutor. Por una circunstancia que él, como miles de estudiantes, hallaba resumida en una frase inscrita en cursivas en **Venezuela y sus recursos** de Levi Marrero, el país se había convertido en campo de confrontación —o coincidencia— de las producciones de las maquinarias, y engranajes conexos, del entretenimiento en el hemisferio y de ultramar: su «privilegiada ubicación geográfica». Como en ninguna otra nación de América, en Venezuela se desarrollaba un cotejo piloto entre el pop austral y el rock de la península ibérica. Entre los chasquidos de sables, como solistas, el vigoroso merengue dominicano y la salsa antillana se procuraban sus espacios. Y la pugna no sólo se dirimía en ámbitos de mercado. En la obra de los nuevos músicos populares nacionales, ya no convidados de piedra en las carteleras sino estelaristas, se descubren huellas de esas influencias: Yordano, Evio di Marzo, Ilan Chester, Guillermo Carrasco, Franco de Vita, Sergio Pérez.

Esas resonancias variopintas obligaban a todo minitequero a racionar el menú de viniles para cada fiesta: por lo general, un cóctel de ritmos que Arturo sabía entremezclar con dosis más o menos específicas según el trance. En las fiestas de fin de año que algún despierto jefe de Relaciones Industriales preparaba para los empleados de empresas medianas, el acento debía implantarse sobre las sesiones de pasodobles de viejas orquestas como la Billo's Caracas Boys; en reuniones de fin de semana, en salones de fiesta de los condominios del este caraqueño, había que incluir una buena porción de new wave inglés y rock argentino; en los predios obreros de Caricuao, la salsa y un sorprendentemente venerado heavy metal eran salvoconducto hacia el éxito. Pero a veces, como en ese sarao quinceañero la alquimia fracasaba.

Aunque un valse criollo había dictado el play baúl de la recepción, ahora tronaba la tambora de Las Chicas del Can. Unos ebrios espontáneos encorsetaban la sala con una batida procesión encadenada de cadera a cadera en forma de «trecito». Cuando la ronda pasó cerca de ellos, Rudolf se sonrió dejando escapar un suspiro de admiración, que también podía ser añeja ironía:

—Esto sí que es el trópico.

**«Y es todo natural...»**

Arturo defendía la neutralidad inmanente de los negocios. Por eso, sin pizca de resquemor, durante la última campaña presidencial, Sound Crazy fue uno de los números en el cartel ininterrumpido organizado para los jóvenes electores por el partido socialdemócrata de gobierno en una plaza de Altamira, barrio de clase media alta. Allí Arturo rompió el ejecutivo celibatoque que, sin ser del Opus Dei y lejos de intentar santificación alguna del trabajo cotidiano, mantenía de facto. Conoció a Emilia.

Emilia era una rubia delgada y baja, que pergeñaba unos cobres ejerciendo el oficio coloquialmente conocido como el rebusque: en tascas, pubs y restaurantes se daba sablazos interpretando, con acompañamiento instrumental o a capella, versiones del trío español Mecano. Pero suponía ese trabajo como una molesta pero anecdótica estación a la celebridad farandulera. Con los meses, la relación entre Arturo y Emilia se fue construyendo, hasta adquirir los emblemas del sobrentendido que tácitamente proclamaba su novedoso rango: el de novios.

En la pareja, Emilia siempre buscaba delimitar las señas particulares, contrastando la pragmática sobriedad de Arturo con su propia «sensibilidad artística». En arreglo con esa autoimagen, muchas veces la vio desplomarse —en el fragor, digamos, de una fuente de soda— y dejarse abatir hasta lamentar:

—En este justo instante un muchacho de nuestra edad está en El Salvador disparando su M-16 mientras nosotros estamos de lo más tranquilos comiéndonos este helado. ¿Es que nada nos importa? ¿Es que tenemos que vivir una vida tan sosa?

A despecho de tanto altruismo, no obstante, hoy habían acordado encontrarse en una hamburguesería en Chacaito —centro geográfico y nudo comunicacional del estrecho corredor que dibuja el Valle de Caracas— por motivaciones menos

piadosas. Emilia había tenido noticias de que un ejecutivo de Sonográfica (una de las dos grandes disqueras venezolanas que apadrinan las arremetidas de artistas locales en mercados del Pacto Andino, Centroamérica y el Caribe, y sobre todo, entre el limo del melting pot norteamericano, la así llamada comunidad hispana) amortiguaría allí los desmanes gástricos de los ácidos enjugados por el stress matizándolos con una cuarto-de-libra con queso.

Emilia esperaba ser el postre. En esos equívocos términos, por lo menos, se lo había comunicado a Arturo, quien no tuvo más remedio que interpretarlo como la confiada expresión de su compañera, anticipando la aclamación de su talento por parte del encorbatado scout. Arturo se limitó a esperar que, por amor a Dios, ella no se pusiera a cantar.

1:05 pm. Nada de aparecer el probable mecenas. Emilia trata de emplastar el nerviosismo en el charco de ketchup donde ha barnizado una a una cada papila frita de su plato. Arturo sigue sumido en la intriga: ¿qué argumento desplegaría su chica para vencer en esta audición que más parecía una celada?

—¿Trajiste leotardos?— preguntó Arturo, apresurándose a reír de su propio chiste. Emilia permaneció impasible hasta que pareció capturar el sentido de la interrogante. Arturo hubiera preferido que permaneciera impasible; ahora lucía preocupada.

—¿Crees que deba ensayar unos pasos? Deben ser simples para no tropezar con las mesoneras. ¿Qué podré cantar? Arturo probó si la ironía recalcaba lo absurdo de la situación.

—Tal vez te puedas defender con algo de Carmina Burana, pero en versión pop. Sabes, por aquello del sonido internacional.

—Cónchale, Arturo, nunca me puedes ayudar en nada...

Emilia interrumpió el envío de su protesta, pero decidió variar al contrataque cuando vio al hombre de la disquera (un hombre de negocios up-to-date con corbata de seda estampada a bacterias y una melena domada tras la cabeza con una liga) golpear las puertas batientes del comedero;

—Veintisiete años y Gerente de Producto Nacional de una empresa corporativa... No está nada mal, ¿eh? Seguro que mientras tú estás quita-que-pone discos en esas

fiestuchas, él está en el verdadero mundo de la música, planificando giras al Norte... Me gustaría saber qué es lo que realmente tiene.

Arturo vio cómo Emilia se arreglaba con frución de colegiala en acto de fin de curso las medias negras que continuaban la minifalda del mismo color. Pensó en la agenda de su miniteca para la semana próxima, no demasiado congestionada, y mintió:

—A mi no.